



# GANADORES CONCURSOS DEL CENTRO CULTURAL MAMA-Ú

Este año, la participación estuvo enriquecida por la variedad de temáticas y perspectivas a la hora de presentar contenidos y creaciones para competir en los concursos. Se presentan los ganadores de los tres primeros puestos tanto en la modalidad **estudiantes**, como en la de **colaboradores**. Estos fueron los resultados:



## COLABORADORES Y ESTUDIANTES

[bienestar@uniclaretiana.edu.co](mailto:bienestar@uniclaretiana.edu.co)  
[mamau@uniclaretiana.edu.co](mailto:mamau@uniclaretiana.edu.co)  
[extension@uniclaretiana.edu.co](mailto:extension@uniclaretiana.edu.co)

CUENTOS

POESÍAS





# LAS GOLONDRINAS DE JULIO



**Christian Alfonso Lugo de la Hoz**  
Docente del Centro de Idiomas - Cali

Aquella mañana de julio algo más que el calor del verano nos despertó a todos en el pueblo. Era un ruido como el silbido de muchos trenes o el llanto de muchos niños... no sabría definirlo con palabras. Los primeros en advertirlo fueron el padre Cayetano y su sacristán; digo eso porque los domingos siempre madrugan y las campanas de la iglesia suenan a las



cinco y treinta, pero hoy sonaron a las cinco, como un aviso del largo día que estaba por comenzar.

El repicar de las campanas, tan fuera de momento y desacompañado, hizo que poco a poco las casas del pueblo fuesen despertando y abriendo sus puertas y ventanas, por las que se iban asomando quienes querían averiguar cuál era la novedad. El día ya estaba dejándose ver, y para las cinco y cuarenta pudimos advertir lo que pasaba: la iglesia y otros edificios en la plaza tenían sus techos llenos de golondrinas. Peor aún, por encima de estos edificios flotaban varias nubes negras formadas por más de estas aves. El ruido era insoportable si uno se acercaba a la plaza. Desde mi casa apenas era como el murmullo de una tormenta lejana en el mar. El viejo Pacho Polo que venía en su burro subiendo por nuestra calle tan solo nos dijo, después de quitarse el cigarro de la boca, que “ahí teníamos lo que queríamos, que bien buena que iba a estar la lluvia...” y se volvió a colocar el cigarro mientras apuraba al burro.

Enseguida supe que el viejo Polo se refería a las palabras de Matilde García, agorera de oficio y chismosa de nacimiento, quien ayer había dicho al salir de misa de seis que “si Dios no hacía llover, bien valía la pena rogarle al diablo.” Recuerdo que

algunos a su alrededor se echaron a reír y hasta respondieron a las rogativas de la vieja con un amén a coro. Ante esto, las viejas rezanderas, que iban saliendo del templo para su acostumbrado rosario de las siete, se persignaron y ni siquiera voltearon a ver a la agorera.

Ahora que veo desde esta loma las nubes de golondrinas sobre la plaza, no sé si aquello era el resultado de la petición de la vieja García o una mera coincidencia. Lo único cierto era que desde finales de mayo la lluvia se había olvidado de este pueblo y ya ni el mar soplabla por las noches la brisa a la que estábamos acostumbrados. Un calor canicular se colaba hasta en los pozos y las tinajas de barro, porque incluso el agua de beber tenía un gusto tibio a caldo salobre. Ahora parecía que era cierto que el diablo mismo había escuchado los ruegos de la vieja García, y que nos mandaba su respuesta en forma de estas nubes de aves.

Lo de nubes no era un mero asunto de lenguaje, porque para las siete de la mañana de ese domingo, ya la lluvia de cagada que las golondrinas habían derramado sobre la plaza desde quién sabe qué horas de la madrugada, empezaba a heder por el calor del sol de julio, que ahora no solo nos castigaba quemándonos la vida sino asfixiándonos de paso.



Para las ocho, el padre Cayetano había echado tranca a la iglesia y lo vimos correr con el sacristán por entre los charcos malolientes que cubrían la plaza. Nos pareció chistoso el asunto hasta que nosotros mismos tuvimos que meternos a la tienda de Petra Bolívar, por la nube de golondrinas que se posó sobre nosotros.

Parece que a nadie le importaba mucho el asunto de las golondrinas. El padre Cayetano pidió un par de cervezas en el mostrador de Petra Bolívar mientras le oíamos decir con cierta sorna que “no habría misa hasta que el clima mejorara.” Los que le oímos nos reímos en secreto, pues el padre era bien conocido por su humor de gallo fino cebado con ají picante. Además de Petra Bolívar, quien insistía en limpiar la cagada de golondrina del frente de su tienda, parecía que a nadie más en este pueblo le importaba aquel suceso. De eso estábamos hablando cuando llegó el alcalde a desayunar como de costumbre en el negocio de Petra Bolívar, que además de tienda, tenía ínfulas de restaurante para sacar algo de provecho de los turistas ocasionales que, más extraviados que otra cosa, aparecían por acá los fines de semana.

Alguien de la mesa de enfrente se dejó escuchar y le preguntó al alcalde que “si era que él iba a hacer algo con el asunto de las golondrinas...” El alcalde sonrió y dijo que “era cosa del verano, que esos pájaros se irían más tarde que temprano.” No sé si es que aquella respuesta fue suficiente o era que todos en la tienda habíamos comprendido que algo grande se venía. El alcalde terminó su desayuno y salió por la puerta, echando a correr para evadir en lo posible la llovizna pertinaz y fétida que había arreciado allí afuera.

Al mediodía, Petra Bolívar nos hizo salir de la tienda diciendo que “aquello no era para hoy y que mejor cerraba porque la hedentina de lluvia de pájaro no se aguantaba ya.” Protegidos con unos pedazos

de periódico que nos dio ella misma, tuvimos que echar a correr, pero antes de alcanzar la esquina se nos quitó el afán, porque más era lo que nos resbalábamos en la llovizna que ahora cubría casi toda la calle, que lo que lográbamos avanzar.

Para la una de la tarde el calor era insoportable y el olor de la lluvia de las golondrinas llegaba hasta el último rincón del pueblo. El mercado estuvo cerrado y al único que se le veía por las calles era al viejo Pacho Polo, montado en su burro y protegido por una sombrilla más vieja que él, heredada seguramente de alguna caneca de la plaza. No sé si era el cigarro que llevaba siempre en la boca o su terquedad natural e indolente ante la vida, pero al viejo Pacho Polo parecía no importarle aquella lluvia repentina y menos su hedentina viscosa que ya se colaba por debajo de las puertas trancadas.





Para las dos de la tarde supimos en mi casa por boca de Pacho Polo que “el alcalde le iba a pagar de a peso por pájaro a los peladitos que bajaran a punta de piedra y hondazos todas las golondrinas que pudieran.” En mi casa nos echamos a reír de la ocurrencia del alcalde, pero en el fondo sentimos algo de alivio porque el alcanfor se nos estaba acabando y nos iba a tocar quemar el incienso que la abuela guardaba para el viernes santo.

Pero el alivio no nos duró mucho igual que el alcanfor. Como a la hora nos enteramos por boca de Pacho Polo, quien se había convertido en el heraldo en burro del pueblo, de que “el cuento de los peladitos no sirvió de nada, porque hasta ese día se dieron cuenta de que en ese pueblo ni había tantas piedras ni tantos peladitos para tirarlas; que por boca de las rezanderas del pueblo empezó a correr el cuento de que Matilde García había invocado al diablo y era ella la culpable de la lluvia hedionda sobre el pueblo; que un grupo de borrachos que pensaban que esto era el fin del mundo, se había ido hasta la casa de la vieja bruja y que ellos pretendían sacarla y lincharla si no cancelaba su maleficio de inmediato; y que los dos policías del pueblo no daban abasto entre evitar el linchamiento de Matilde García y convencer a otro grupo que, palo en mano, insistía en ver al alcalde para que arreglara este problema de una vez por todas.”

Para el final del día las cosas se fueron calmando, más por el cansancio que por otra cosa. Los borrachos se habían ido a sus casas y no pensaban ya en Matilde García; los que pretendían entrar a la alcaldía desistieron al saber por boca de Pacho Polo que ni el alcalde ni su familia estaban en el pueblo desde las tres de la tarde, y a la orilla del mar los pocos niños que logró reunir el alcalde hacía rato descansaban adormitados bajo un techo de palma viendo hacia el pueblo, lejos de la hedentina que no llegaba hasta el mar.

Ahora que me despierto por el olor a lluvia no sé ni a qué horas me dormí. Veo mi reloj y ya es lunes. Siento curiosidad y me levanto. El olor de la lluvia se mezcla con el del café recién hecho y endulzado con panela. Me tomo una taza y me asomo por la ventana que da a la calle. La lluvia repentina se ha llevado todo lo que trajo el domingo, la hedentina, las golondrinas y hasta el calor. Pacho Polo pasa en su burro, llevando atados de verduras al mercado como de costumbre, despacio, sin detenerse me mira y me dice que “el único que debe querer que las golondrinas no se hubieran ido es el padre Cayetano, porque a las cinco y media iba corriendo por la plaza, refunfuñando porque ya era tarde para la misa de seis...”

